

# INICIAR EN MODO CATECUMENAL: LA SITUACIÓN EN EL QUEBEC FRANCÓFONO, A LA LUZ DE “EVANGELII GAUDIUM”

*Daniel Laliberté<sup>1</sup>*

Se me pidió hoy hablarles de la situación del catecumenado en Quebec<sup>2</sup>. Tengo que decirles primero que nuestra situación es particularmente problemática - y esto sin prejuizar del grado de dificultades con que se enfrentan en sus propios países. Como lo titulaba una revista de Quebec a la que recientemente contribuí<sup>3</sup>, a menudo tenemos el sentimiento que “los sacramentos funcionan en balde”, es decir que la oferta de sacramentos está allí, estos gestos se continúan celebrando, pero “vacíos”, sin un anclaje significativo en una experiencia de comunión con el Dios de Jesús. Y, como lo pondré en evidencia, también en el caso de nuestros itinerarios catecumenales.

---

1 Doctor en Teología con especialización en teología de la iniciación cristiana. Magister en Teología con especialización en Evangelios Sinópticos. Director del Centro archidiocesano de catequesis de Quebec, asociado a la Universidad de Laval en Canadá.

2 Pequeña precisión geográfica: vivo en una provincia de Canadá que se llama el Quebec. La capital de esa provincia tiene el nombre de Quebec. Como en casi todas las partes del mundo, esa ciudad es la sede de una diócesis, la diócesis de... Quebec, que es mi propia diócesis de origen.

3 Prêtre et pasteur, abril 2014

## LA SITUACIÓN DE QUEBEC

Hoy, simplemente no me contentaré con exponerle la fotografía de la situación actual, lo que podría ser bastante deprimente. Pondré en evidencia ciertas CAUSAS de esta situación. Sobre todo, hablaré de algunos proyectos que se despliegan actualmente en Quebec y que tienen posibilidades de ser prometedores. Insistiré más por otra parte en el proyecto de mi diócesis, un proyecto particularmente audaz porque quiere liberalizar los compartimentos de la iniciación cristiana para insertarlos en una problemática mucho más ancha. Y, en el curso de estas reflexiones, haré regularmente el puente con la exhortación magnífica y apostólica del papa Francisco, "Evangelii Gaudium", poniendo en evidencia así cómo, en su larga reflexión sobre la evangelización, nos exhorta a situar nuestros interrogantes sobre el catecumenado en el corazón del pensamiento sobre la actividad evangelizadora de discípulos-misioneros que se encontraron con Cristo y que lo llevaron con alegría, como individuos y como comunidades, al mundo de hoy. Lo descubrirán en el curso de mi presentación, es claro que, en Quebec como en muchas esquinas de nuestra Iglesia, es en gran parte en las relaciones entre primer anuncio y catequesis, tan bien tomados en consideración en *Evangelii Gaudium*, que está el nudo de la problemática catecumenal. Es pues ahí donde podemos también encontrar pistas de solución.

El catecumenado nació en Quebec más o menos con el Concilio, primero en la metrópoli multicultural que es Montreal. Nada anormal en esto: en la época, en una sociedad donde prácticamente todo el mundo fue bautizado en la infancia, sólo los inmigrantes adultos, queriendo integrarse en su tierra de acogida, eran susceptibles de pedir el bautismo. Luego, a medida que se diversificaron los lugares de instalación de los inmigrantes, aparecieron aquí y allí en otras ciudades demandas esporádicas de bautismo de adultos. En Quebec, que es la 2ª ciudad más importante de la provincia, bautizamos este año a una veintena de adultos, entre los que estuvieron varios que pertenecían a minorías culturales. Si la

situación se limita a esto, no habría ningún problema, ¡"regalos" ocasionales del Espíritu Santo! Pero estamos frente a una situación mucho más amplia y mucho más compleja. Me explico...

Existe una ley en la Iglesia católica, una ley que en Quebec tratamos de tomarnos en serio porque pensamos que está completamente fundada: ¡para ser padrino o madrina, hay que estar confirmado! Lamento personalmente las tentativas para rodearla, y todavía más el hecho de hacer la vista gorda no atreviéndome a verificar el estado de confirmado de los padrinos eventuales y las madrinas. ¡Esto hace que, la decisión tomada por los obispos quebequeses de procurar respetar esta exigencia provoca repercusiones directas en nuestros servicios del catecumenado!

Aunque el número de peticiones de bautismo de niños está en disminución en nuestra diócesis, disminuye menos rápidamente que el número de las confirmaciones de jóvenes. Les hacen falta padrinos a estos niños que hay que bautizar. Excepto que, en nuestra bella sociedad quebequesa que se secularizó fuertemente, el reflejo que persiste en hacer bautizar a los bebés se acompaña cada vez menos con la educación en la fe cristiana. En este contexto, los padrinos y madrinas son generalmente escogidos en un círculo como allegados o amigos próximos, sin preocuparse de la dimensión religiosa de la función, y desde luego sin conocer la exigencia canónica de la confirmación. Luego, cuando se dan cuenta de esta norma, comprenden muy a menudo que la condición no se cumple. Entonces se apela a la Iglesia, con una motivación explícita: que se regularice la situación de la manera más eficaz y en consecuencia la más rápida posible. De hecho, muy a menudo, la fecha del bautismo ya ha sido fijada y el intervalo de tiempo es muy corto.

En consecuencia, además de la veintena de catecúmenos propiamente dichos, el Servicio del catecumenado de la diócesis de Quebec debió tomar en consideración este año cerca de ¡500 peticiones de confirmación de adultos! Y en la mayoría de las diócesis

más pequeñas, mientras que las peticiones de bautismo de adultos son todavía rarísimas, las peticiones de confirmación de adultos están allí en aumento constante. Habrán comprendido que estas peticiones en su gran mayoría son solicitantes que son de tradición y de cultura quebequesa secularizada. Estamos pues en pleno contexto de “nueva evangelización”.

¡La presentación está hecha! Unos sacramentos que “funcionan en balde” decíamos antes. Hacemos nuestra, en Quebec, esta situación presentada por el papa:

Es cierto que en algunos lugares se produjo una «desertificación» espiritual, fruto del proyecto de sociedades que quieren construirse sin Dios o que destruyen sus raíces cristianas. Allí «el mundo cristiano se está haciendo estéril, y se agota como una tierra sobreexplotada, que se convierte en arena» (cita de Newman)... Pero «precisamente a partir de la experiencia de este desierto, de este vacío, es como podemos descubrir nuevamente la alegría de creer, su importancia vital para nosotros, hombres y mujeres. En el desierto se vuelve a descubrir el valor de lo que es esencial para vivir; así, en el mundo contemporáneo, son muchos los signos de la sed de Dios, del sentido último de la vida, a menudo manifestados de forma implícita o negativa. Y en el desierto se necesitan sobre todo personas de fe que, con su propia vida, indiquen el camino hacia la Tierra prometida y de esta forma mantengan viva la esperanza» (cita de Benedicto XVI). En todo caso, allí estamos llamados a ser personas-cántaros para dar de beber a los demás (EG 86)

La pregunta se impone con fuerza: ¿qué camino proponer, en ese contexto en que la mayoría de los candidatos muestran en un principio disponibilidad de tiempo y de corazón bastante limitada? Para desatar el impasse, se deberá pensar de otra manera, repensar de manera global la propuesta. Para hacerlo el papa nos estimula:

La pastoral en clave de misión pretende abandonar el cómodo criterio pastoral del «siempre se ha hecho así». Invito a todos a

ser audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades (EG 33).

Cristo siempre puede, con su novedad, renovar nuestra vida y nuestra comunidad (...) Jesucristo también puede romper los esquemas aburridos en los cuales pretendemos encerrarlo y nos sorprende con su constante creatividad divina. Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual (EG 11).

“Recuperar la frescura original del Evangelio” en cuanto a lo que estamos hablando nos obliga a preguntarnos: “¿Por qué nuestros sacramentos de iniciación, no inician?”. Nuestra revisión muy sencilla abre sin embargo a profundas revisiones de nuestra manera de proceder: nuestros sacramentos no inician ¡porque no están desplegados en un verdadero contexto de iniciación!

### **INSTITUIR UN CUADRO DE FUNCIONAMIENTO QUE SEA REALMENTE INICIÁTICO**

Tal como lo presenté, en nuestro caso, los motivos que conducen a una petición de catecumenado raramente nacieron de un deseo por conocer a Cristo y a su Evangelio. Lo que trabajamos en cambiar, es la actitud a adoptar frente a este tipo de peticiones. Estamos convencidos, con el papa, que:

Todos tienen el derecho de recibir el Evangelio. Los cristianos tienen el deber de anunciarlo sin excluir a nadie, no como quien impone una nueva obligación, sino como quien comparte una alegría, señala un horizonte bello, ofrece un banquete deseable. La Iglesia no crece por proselitismo sino «por atracción» (EG 14).

¿Cómo ser “atractivos”? ¿Cómo presentar las cosas de modo tal que nuestra oferta no aparecerá más a los ojos de los solicitantes

“como las exigencias que se topan con el fin de tener derecho a un sacramento”? La respuesta no se encuentra primero en la modificación de una mecánica de funcionamiento. Es el espíritu global de la propuesta que debe ser repensado. Y, es bueno decirlo, los cambios de los que hablaré ahora no tendrán por efecto disminuir las exigencias. En cambio, será claro que ya no se trata más de exigencias de acceso a un sacramento sino las mismas exigencias que implica el hecho de emprender un camino en el seguimiento de Cristo.

Es decir, lo que tratamos de establecer es un dispositivo global que constituirá una propuesta real de iniciación a la fe cristiana. En el corazón de esa noción está el concepto de IDENTIDAD, como se puede ver a partir del n° 41 de “Gaudium et Spes” que dice que: “El que sigue a Cristo, hombre perfecto, se hace a sí mismo más hombre”.

Así, un proceso de iniciación cristiana debe comprenderse como una propuesta que permita a las personas que viven este paso descubrir su identidad profunda de ser humano, por su relación a Cristo y a la Iglesia. Es decir, en principio, una persona está iniciada a la fe cristiana cuando, para ella, afirmar “soy miembro de la Iglesia católica” significa: “Encuentro en mi comunión al Dios de Jesús Cristo y en mi lazo con la Iglesia universal y con mis hermanos y las hermanas las respuestas satisfactorias a las cuestiones importantes de la existencia así como a los elementos determinantes de mi identidad propia”. ¡Nada menos!

¡Aquí está el sueño que trata de articular en la práctica, con personas que nos llegan con las motivaciones “administrativas” de las que se habló antes! Hasta ahora, nuestro modo de hacer estaba inspirado todavía mucho por nuestra herencia de catequesis destinada a los niños: acoger la petición, proceder a su inscripción, dar un cierto número de catequesis, generalmente articuladas alrededor de temas considerados como ineludibles - Dios, Cristo, la Biblia, la Iglesia, la oración, los sacramentos, etc. - preparar la celebración,

luego celebrar. Todo en el plazo más breve posible para “acomodar” a las personas demandantes. Podemos comprender sin duda las frustraciones sentidas por numerosos responsables pastorales y, digámoslo, por los obispos también. Era necesario enfrentar la pregunta muy seria de lo que debía incluir una propuesta que sea de tal naturaleza que abra a la dimensión de identidad de la que hablé. Nuestra reflexión nos condujo a considerar que la respuesta a esa pregunta tiene en cuenta tres elementos determinantes:

1. Dar un lugar significativo al tiempo de “primer anuncio” anterior al camino catequético propiamente dicho;
2. Repensar totalmente el proceso por el cual una persona aprende lo que es la vida cristiana – dicho de otra manera el tiempo de la catequesis de iniciación;
3. Hacer suyo el principio que constituye la articulación de todo el catecumenado, el que llamo, inspirándome del n° 36 del RICA, el principio del “momento oportuno” para la celebración de los sacramentos de la iniciación cristiana.

Enunciados así, esos tres elementos pueden parecer evidentes. Sin embargo, si se confrontan con nuestros hábitos cristianos, los elementos que voy a presentarles ahora ¡parecen pequeñas revoluciones pastorales!

### **Un lugar para el primer anuncio**

El problema al principio de todo, lo dijimos, está ligado a una profunda diferencia entre los motivos del que pide y la finalidad evangelizadora llevada por los responsables del catecumenado. ¿Cómo tender puentes por encima de este foso? Hace falta en primer lugar la convicción enunciada por Francisco:

“No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”. (EG 7)

En consecuencia, lo que empezará a partir de los primeros contactos será ya orientado hacia la apertura a la posibilidad para que se efectúe este encuentro. Para hacerlo, el papa nos invita a comprender que el tiempo de primer anuncio que empezará deberá obligatoriamente tomar el camino del diálogo, de la CONVERSACIÓN.

El primer momento es un diálogo personal, donde la otra persona se expresa y comparte sus alegrías, sus esperanzas, las inquietudes por sus seres queridos y tantas cosas que llenan el corazón. Sólo después de esta conversación es posible presentarle la Palabra (...), sea con la lectura de algún versículo o de un modo narrativo, pero siempre recordando el anuncio fundamental: el amor personal de Dios que se hizo hombre, se entregó por nosotros y está vivo ofreciendo su salvación y su amistad. Es el anuncio que se comparte con una actitud humilde y testimonial (EG 128)

Necesitamos ejercitarnos en el arte de escuchar, que es más que oír. Lo primero, en la comunicación con el otro, es la capacidad del corazón que hace posible la proximidad, sin la cual no existe un verdadero encuentro espiritual (...) Sólo a partir de esta escucha respetuosa y compasiva se pueden encontrar los caminos de un genuino crecimiento, despertar el anhelo (...) de desarrollar lo mejor que Dios ha sembrado en la propia vida (...) Es preciso dar tiempo, con una inmensa paciencia (EG 171)

Para hacerlo,

La Iglesia tendrá que iniciar a sus hermanos —sacerdotes, religiosos y laicos— en este «arte del acompañamiento», para que todos aprendan siempre a quitarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro (cf. Ex 3,5). Tenemos que darle a nuestro caminar el ritmo sanador de proximidad, con una mirada respetuosa y llena de compasión pero que al mismo tiempo sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana (EG 169).

En Quebec, hablamos mucho de este primer anuncio, pero apenas comenzamos a comprender su dimensión “conversacional” y por lo tanto informal. Lentamente descubrimos que, antes de comprometerse en un paso estructurado, hay que darse estos espacios, estos “vestíbulos”, como gustaba decir Benedicto XVI. Atreverse a darse el derecho del que puede parecer a los ojos de algunos una pérdida de tiempo, con la convicción que no hay ningún camino catequético que pueda ser realmente iniciático si no puede apoyarse en lo que habrá comenzado a tomar cuerpo en este tiempo más informal.

A lo que nos invita el papa - pero no le inventa porque está en la misma dinámica del proceso de evangelización, es a aprender a acoger la demanda tal como está formulada, con los motivos más o menos perfectos que estén en el origen, y de apoyarse allí para entrar en una conversación que toma en consideración las aspiraciones de las personas para dirigirse progresivamente hacia cuestiones de SENTIDO. En esta conversación, la persona responsable no enseña, no descarga su Evangelio de modo intempestivo, sino que primero escucha. Y si habla, que sea a modo de testimonio, es decir nombrando lo que a ella le hace vivir.

Por supuesto, todo esto supone que la persona que pide acepte entrar en este espacio de conversación. Es por eso que es absolutamente necesario que los primeros contactos no aborden cuestiones atadas a la fecha de la celebración o el total de encuentros requeridos, lo que tapa automáticamente todo el horizonte. La conversación se referirá al SENTIDO y los objetivos de lo que propone la Iglesia, de manera que la persona se sitúe frente a su propia libertad de aceptar o no esta propuesta.

¿Cuánto tiempo para esta conversación? Sobre eso, conviene recordar los principios explícitos del RICA y del Directorio general para la catequesis. Cito el RICA, en los números 71 y 72, donde se trata del momento de la celebración de la entrada en el catecumenado:

Esta primera etapa se celebra cuando los candidatos hayan recibido un primer anuncio del Dios vivo y manifiesten un inicio de la fe en Cristo Salvador. Eso supone una conversión inicial, una voluntad de cambiar de vida y de entrar en relación con Dios en Cristo (...) Se examinarán los motivos de la conversión y se tomará el tiempo necesario para purificarlos, si es necesario.

Una práctica de este tipo existe ahora en Montreal, dónde un acompañamiento individual, de duración no determinada a priori, generalmente entre 3 y 6 meses, precede en lo sucesivo al momento en que empezará la catequesis. Es esto lo que debe inspirar la práctica de Quebec: ceder un sitio suficiente a este primer anuncio, con todo su carácter kérigmático pero muy poco sistemático, y aprender a reparar en los signos de esta “conversión inicial” que es la base necesaria para todo trayecto iniciático. En la diócesis de Quebec, el nuevo sistema que se está poniendo en marcha, y del que les hablaré ahora, permitirá que exista también ese primer anuncio.

### **¿Cómo se aprende la fe cristiana?**

Y si la conversación conduce a una “conversión inicial”, ¿que proponer luego? ¿Es decir, cómo se aprende la fe cristiana? El primer efecto tangible de la secularización, es la desaparición de un entorno que permita enterarse de la fe cristiana por inmersión, por impregnación. En el contexto desaparecido de aquella época de cristiandad, la catequesis - o más bien el catecismo - tenía una función bastante precisa: guiar en el aprendizaje de los contenidos de la “doctrina cristiana”, mientras que el resto de los elementos de la fe y de la vida cristiana - liturgia, vida espiritual y ética, vida fraternal - se aprendía según la pertenencia a una familia y a una comunidad cristiana.

Pero esto ya no existe más. En lo sucesivo, hay que repensar los modos de aprendizaje de la vida cristiana, tomando en consideración que no se puede tratar únicamente de aprender los “conte-

nidos” de la fe. Hablando de la iniciación cristiana, el Directorio general para la catequesis precisa:

“Esta formación orgánica es más que una enseñanza: es un aprendizaje de toda la vida cristiana, que permite una vida auténtica en el seguimiento de Cristo, centrada en su Persona. En efecto, se trata de educar al conocimiento y a la vida de fe, de manera que el hombre entero, en sus experiencias más profundas, se sienta fecundado por la Palabra de Dios (DGC 67)

Ahora bien, ese aprendizaje integral no se puede dar en una catequesis de tipo tradicional, en la que un grupo de catecúmenos está reunido en una sala para recibir una enseñanza.

### **Aprender por “frecuentación”**

La apuesta que hacemos en mi diócesis podrá parecer muy ordinaria a algunos de usted. Para nosotros, se trata sin embargo de un enfoque que implica una transformación en profundidad del funcionamiento de nuestras comunidades cristianas. En lo sucesivo, las comunidades cristianas no referirán más los catecúmenos al Servicio diocesano del catecumenado. Ellas mismas acogerán a estos catecúmenos, primero para el tiempo del diálogo de primer anuncio del que hablé anteriormente, pero también para encargarse de su aprendizaje de la vida cristiana, y esto bajo el modo de la “frecuentación” de los distintos polos de la vida comunitaria, vigilando para que cada uno de estos lugares de pertenencia contribuya a nutrir la vida interior y espiritual de los catecúmenos:

- La pertenencia sostenible a un grupo para compartir la Palabra de Dios;
- La participación en un número significativo de reuniones fraternas (otras que la eucaristía dominical, evidentemente);
- La implicación en un grupo de compromiso caritativo o de promoción de la dignidad humana; -

- La puesta en relación estrecha con una persona acompañante, que sabrá aconsejar al candidato estando atenta a la vez a los indicios que expresan los avances en su caminar.

Todo eso, dirán algunos, no es otra cosa que lo normal. En efecto, es verdad que todos esos elementos de vida parroquial y comunitaria deberían existir para el beneficio de la misma vida de las comunidades. Y para que asuman su misión en el mundo:

A los cristianos de todas las comunidades del mundo, quiero pedirlos especialmente un testimonio de comunión fraterna que se vuelva atractivo y resplandeciente. Que todos puedan admirar cómo os cuidáis unos a otros, cómo os dais aliento mutuamente y cómo os acompañáis: «En esto reconocerán que sois mis discípulos, en el amor que os tengáis unos a otros» (Jn 13,35) (EG 99).

Sin embargo, en los hechos, parece que la obligación de formar a los catecúmenos en un marco nuevo tendrá el efecto de un verdadero revelador de la vitalidad de nuestras comunidades cristianas. Por el momento en efecto, los grupos para compartir la Palabra son todavía escasos, las actividades fraternales son poco numerosas y a menudo articuladas alrededor de la asamblea dominical y los grupos de carácter caritativo no funcionan necesariamente de una manera que sepa dar un espacio a “los nuevos” en la etapa de la iniciación cristiana.

A varias personas, la obra les parece enorme ¿Por qué? Porque, detrás de la problemática comunitaria, se esconde un mal todavía más profundo. No por nada el papa abre así su exhortación:

“Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso”(EG 3)

No sé lo que pasa en sus respectivas Iglesias, pero en nosotros

esto plantea grandes cuestiones. Sin embargo, se siente bien que la calidad de la vida comunitaria y también la posibilidad de un testimonio misionero dependen totalmente del hecho que las personas que forman estas comunidades cristianas primero hayan sido “tomadas por Cristo”, para adoptar esa expresión tan profunda de Pablo.

Pues es claro que no se puede poner en segundo plano la conversión misionera de la que se trata y que, donde nosotros, está puesta a la luz por las transformaciones de nuestro modelo catecumenal. Lo dijimos, se trata para los catecúmenos de aprender la vida cristiana de un modo tal que esto se vuelva parte integrante de su identidad personal y qué hayan descubierto allí el sentido para su existencia. Sólo una inmersión seria en una experiencia de vida comunitaria y fraternal y alimentada por la Palabra de Dios, sabrá favorecer esta iniciación. Una experiencia de vida comunitaria que sea también, y primero, la puesta en relación con hermanas y hermanos que están ellos mismos animados por una íntima comunión con Cristo.

### **Palabra de Dios y catequesis**

En esta conversión de los modos de iniciar, ¿qué pasa con las catequesis propiamente dichas, es decir los lugares de aprendizaje explícitamente doctrinal? Para eso, en Quebec, nos dejamos inspirar por la articulación de las liturgias catecumenales. Todos saben que, en el momento de la entrada al catecumenado, el libro de la Palabra de Dios se da a los nuevos catecúmenos con el fin de que lo hagan en cierto modo su “libro de cabecera”. Por otro lado, también saben que la “Traditio symboli” es un rito que encuentra su sitio normal durante el tiempo de la purificación y de la iluminación, pues muy cerca de finales del tiempo de la iniciación. Eso dice algo de los modos de aprendizaje de los contenidos de la fe: para un catecúmeno, la herramienta normal y acostumbrada de descubrimiento del objeto de la fe de los cristianos, es la Biblia. En la Iglesia de Quebec entonces, hacemos la apuesta a la que nos

invita el papa, fiel en este punto al Directorio; para que “el hombre total, en sus experiencias más profundas, se sienta fecundado por la Palabra de Dios”. Francisco insiste:

El estudio de las Sagradas Escrituras debe ser una puerta abierta a todos los creyentes. Es fundamental que la Palabra revelada fecunde radicalmente la catequesis y todos los esfuerzos por transmitir la fe (EG 175)

Así, después de años de una catequesis catecumenal esencialmente organizada alrededor de una serie de encuentros de enseñanza temática, hemos entonces decidido considerar que un aprendizaje del contenido de la fe por frecuentación de la Palabra de Dios, en presencia de hermanos y hermanas de la comunidad cristiana en el seno de grupos que comparten la Palabra podía permitir una integración más profunda y más existencial, del kerigma. Como lo dice Francisco:

Una pastoral en clave misionera no se obsesiona por la transmisión desarticulada de una multitud de doctrinas que se intenta imponer a fuerza de insistencia. Cuando se asume un objetivo pastoral y un estilo misionero, que realmente llegue a todos sin excepciones ni exclusiones, el anuncio se concentra en lo esencial, que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y al mismo tiempo lo más necesario. La propuesta se simplifica, sin perder por ello profundidad y verdad, y así se vuelve más contundente y radiante (EG 35)

Sobre todo si se considera que “la meta definitiva de la catequesis consiste en colocar a alguien en comunión, en intimidad con Jesucristo” (DGC 80), esta catequización por la puesta en relación con la Palabra es de hecho, ¡una puesta en relación con el mismo Cristo!

En la boca del catequista vuelve a resonar siempre el primer anuncio: «Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte,

para liberarte». Cuando a este primer anuncio se le llama «primero», eso no significa que está al comienzo y después se olvida o se reemplaza por otros contenidos que lo superan. Es el primero en un sentido cualitativo, porque es el anuncio principal, ese que siempre hay que volver a escuchar de diversas maneras y ese que siempre hay que volver a anunciar de una forma o de otra a lo largo de la catequesis, en todas sus etapas y momentos” (EG 164)

Por lo demás, es lo que es extraordinario en una catequesis basada en la Palabra de Dios: cada paso, de cualquier tipo, puede estar puesto en relación con la muerte-resurrección de Jesús y la propuesta de sentido que conlleva la fe en ese kerygma. Además,

No hay que pensar que en la catequesis el kerygma es abandonado en pos de una formación supuestamente más «sólida». Nada hay más sólido, más profundo, más seguro, más denso y más sabio que ese anuncio. Toda formación cristiana es ante todo la profundización del kerygma que se va haciendo carne cada vez más y mejor, que nunca deja de iluminar la tarea catequística, y que permite comprender adecuadamente el sentido de cualquier tema que se desarrolle en la catequesis. Es el anuncio que responde al anhelo de infinito que hay en todo corazón humano (EG 165).

En nuestro caso, será entonces solamente después de un tiempo significativo de aprendizaje según ese modo que encontrarán su lugar un cierto número de catequesis sistemáticas. En este momento del camino, estas catequesis aparecerán a los ojos de los catecúmenos como la síntesis de elementos ya integrados gracias a la frecuentación de las Escrituras o gracias a la participación en otros espacios de vida comunitaria y fraternal. El contenido específico de estas catequesis queda por determinar, pero podemos contemplar que el credo servirá de esqueleto a este trayecto-síntesis, poniendo así un eventual *Traditio symboli*. Así, cuando los candidatos descubran este Símbolo que presenta, en una serie de

fórmulas lapidarias, lo esencial del “depósito de la fe”, serán aptos para hacer los lazos con la fe que desarrollaron progresivamente al hilo de su camino, abriendo entonces a una “*reddito symboli*” que, mucho más que una formalidad litúrgica, será la expresión verbal de una iniciación cristiana cumplida, en el espíritu del Directorio. Recordamos aquí el n° 67 citado arriba, añadiendo el final:

“Esta formación orgánica es más que una enseñanza: es un aprendizaje de toda la vida cristiana, que permite una vida auténtica en el seguimiento de Cristo, centrada en su Persona. En efecto, se trata de educar al conocimiento y a la vida de fe, de manera que el hombre entero, en sus experiencias más profundas, se sienta fecundado por la Palabra de Dios. El discípulo de Cristo será ayudado así a transformar el hombre viejo, a asumir las promesas de su Bautismo y a profesar la fe a partir del “*co-razón*”.

Una expresión similar vuelve tres veces en el “Directorio”, apareciendo así como la afirmación más fuerte de lo que debe proyectarse en un recorrido de iniciación cristiana.

“La catequesis es la forma particular del ministerio de la Palabra que hace madurar la conversión inicial, hasta que pase a ser una profesión de fe viva, explícita y fecunda” (DGC 82)

No sé si perciben la amplitud del cambio de la que trato de dar cuenta: al revés del modelo del catecumenado que se había puesto en marcha en la diócesis de Quebec, en lo sucesivo, el proceso empezará por una “conversación” informal, de duración indeterminada, destinada a suscitar una conversión inicial sin la cual el catecumenado propiamente dicho no comenzará. Luego, cuando se llegará a él, no será para dedicarse a una enseñanza, sino para guiar la inmersión en una experiencia de familiarización con la Palabra de Dios y de pertenencia eclesial.

Sé bien que hay algo de idealista, utópico en esta articulación nue-

va que contemplamos para nuestros trayectos de iniciación cristiana de adultos. A decir verdad, también mantenemos la esperanza de que esta puesta en marcha llegue a inspirar una transformación de nuestras prácticas catequéticas e iniciáticas para los más jóvenes. Por el momento, estamos sólo en esta etapa preliminar donde los equipos pastorales a los cuales están confiadas las comunidades cristianas se van a confiar esta responsabilidad. Ciertos pastores entienden la meta, la amplitud y los frutos potenciales. Otros ven solamente por el momento una tarea más que les cae encima – mientras, de hecho, cuando se piensa bien, siempre las comunidades cristianas hubieran debido ser siempre las primeras responsables de toda iniciación cristiana.

### **Celebrar “con fruto en tiempo oportuno”**

Las últimas citaciones del Directorio se referían a la profesión de fe. Se sabe que se trata primero de un acto litúrgico. Pero cuando se añaden las palabras “desde el corazón” o “viva, explícita y fecunda”, se nota que lo que está en juego aquí, es la articulación entre una expresión ritual y unas disposiciones interiores. ¿En qué momento esa profesión de la fe litúrgica tiene lugar? En el momento del bautismo - para un catecúmeno - o en el momento de la confirmación - para un confirmando adulto.

Cuando apareció, hace casi 20 años, la versión francesa del RICA, me sumergí inmediatamente en él. Cuando caí en el n° 36, y en las notas pastorales del llamado decisivo, encontré allí lo que se volvería mi “caballo de batalla” pastoral, una obsesión verdadera que hasta me conduciría a emprender siete años más tarde una tesis de doctorado articulada esencialmente alrededor de estas pocas frases. Cito aquí una parte del n° 36, luego algunas expresiones importantes de las notas pastorales del llamado decisivo:

“La iniciación cristiana de adultos supone una preparación, los candidatos así se fortifican y llegan en tiempo oportuno a recibir con fruto los sacramentos de la Iglesia” (n° 36).

“La llamada decisiva aparece así como la articulación de todo el catecumenado” (nº 128); “Considerados como aptos, en razón de sus disposiciones, a participar de la iniciación sacramental en el curso de las próximas fiestas pascales” (nº 127); “Antes se requiere, por parte de los catecúmenos” (nº 128); “cada uno en su lugar y a su manera, dan un aviso fundado sobre las disposiciones y el progreso de los catecúmenos” (nº 130); “para que todo se haga en verdad, es necesario que antes del rito litúrgico se proceda a una deliberación sobre la aptitud de los candidatos” (nº 132)...

¡Me gusta repetir que no se ha entendido gran cosa de la esencia de un camino catecumenal mientras no se comprendió el sentido y el alcance de la llamada decisiva, sobre la que se dice que es “la articulación de todo el catecumenado”! Estoy convencido de que todos estos cambios en el proceso catecumenal que están en proceso donde nosotros no darán nada si no nos vamos hasta el extremo de los principios en juego en los pocos extractos que acabo de citar: el momento oportuno para celebrar los sacramentos de la iniciación cristiana no está ligado a una serie de observancias externas como la duración o el número de encuentros, sino a disposiciones interiores. Y lo que nos dice el RICA, es que la Iglesia cree que es posible estructurar mecanismos de discernimiento comunitario que permitirán descubrir los indicios de que estas disposiciones están presentes en el candidato, como se sabe hacer en el caso del ministerio ordenado o en una profesión en un instituto de vida consagrada.

No puedo alargar como me gustaría mis reflexiones sobre este aspecto. Simplemente diré esto: primero, el RICA, cuando habla de este ejercicio de discernimiento, afirma que está en juego la verdad del gesto sacramental, lo que todos deseamos; luego, ese discernimiento está presentado no primero como un juicio, sino como un acto que expresa la solicitud de la Iglesia por sus catecúmenos. ¡Discernir, es AMAR! Por fin, escucho a catequetas que gritan fuerte: “ ¿Quién soy, yo, para decidir si una persona puede recibir

un sacramento o no?” A esto, respondo: “usted tiene razón: ¡sólo, no estas autorizado a hacerlo!” Pero justamente, el discernimiento no es asunto de decisión individual una puesto en común de las observaciones e intuiciones de todo un grupo que, en principio, ha estado presente durante el recorrido del catecúmeno. Se trata de un acto eclesial, en la lógica pura de lo que es una iniciación: la admisión en un grupo donde las personas ya iniciadas reconocen que las características que definen la pertenencia a este grupo están bastante presentes en el candidato para que pueda ser considerado en lo sucesivo como miembro del grupo, permitiendo proceder a los ritos que afirman el cambio de estatuto. Sin embargo vimos con las notas pastorales del RICA, que en la fe cristiana, las características por considerar son las “disposiciones interiores”. Es por eso que, de acuerdo con concepto de “momento oportuno”, el Directorio hablará de una profesión de fe “desde el corazón”: aprender del credo para recitarlo “de memoria” es relativamente fácil; recitarlo “desde el corazón” – supone un proceso de descubrimiento e integración de la fe del que no se puede determinar a priori la duración.

Hoy, mi mandato era presentarles el modo en el que se reflexiona sobre la cuestión del catecumenado en la Iglesia de Quebec actualmente. Resumiré pues diciendo que, donde nosotros como en varios lugares, estamos frente a tres desafíos mayores, y que ninguno de ellos es facultativo si se quiere asumir verdaderamente y poner por obra lo que llamo el “genio catecumenal”:

- Hay que repensar en profundidad todos los medios por los que una persona aprende lo que es la fe cristiana, pasando de una catequesis demasiado magistral y demasiado temática hacia una propuesta donde la persona descubre las facetas diversas de la fe bajo un modo de “frecuentación”: frecuentación de la Palabra de Dios compartida, presencia asidua a la comunidad fraternal, inserción en una forma de implicación social, etc.
- Hay que asumir el principio del “momento oportuno” y estructu-

rar los mecanismos de discernimiento que lo harán efectivo y que permitirán conducir a los candidatos a una “profesión de fe viva, explícita y activa.

- En fin, para que todo esto sea posible, hay que aceptar que el tiempo de la iniciación propiamente dicho sea precedido de un tiempo significativo de primer anuncio en forma de conversación más o menos organizada. Esto requiere la estructuración de “atrios” o “vestíbulos”, donde se puede frecuentar al otro en terreno neutro; esto requiere sobre todo aceptar que exista un período de precatecumenado, sin dirigir demasiado rápidamente a la gente hacia nuestras estructuras y nuestros recorridos bien enmarcados.

Lo que es particularmente interesante en este nuevo modelo, además de toda la revitalización que puede aportar a nuestras comunidades cristianas, es que no requiere de estructurar un “servicio parroquial del catecumenado” muy elaborado, ya que lo esencial de la formación se hace por medio de actividades ordinarias de la vida de la comunidad. Las catequesis sistemáticas de fin de trayecto, ellas, serán probablemente aseguradas por la instancia diocesana. Así, el único servicio propiamente catecumenal que debe asegurar la parroquia, es un mecanismo de acogida de las peticiones, los “vestíbulos” de primer anuncio, así como un servicio de acompañamiento individualizado de los candidatos. En consecuencia, la competencia esencial - y prácticamente la única a decir verdad - que se deberá esperar de los y las que se implican en el catecumenado parroquial, es una aptitud al diálogo pastoral, y es la razón por la que hemos empezado a dar formaciones específicas en la diócesis de Quebec y en varias diócesis de la Provincia.

## **CONCLUSIÓN**

He comenzado esta reflexión presentándoles el estado de la cuestión en Quebec, dónde la mayoría de los candidatos piden de hecho la confirmación, en un contexto de “regularización de su situación” que, es verdad, no deja mucho sitio, en un principio, al tipo

de seguimiento amplio y global, que acabo de exponer. Por eso el tiempo del primer anuncio o del precatecumenado cobra una importancia determinante.

El primer anuncio debe provocar también un camino de formación y de maduración. La evangelización también busca el crecimiento, que implica tomarse muy en serio a cada persona y el proyecto que Dios tiene sobre ella. Cada ser humano necesita más y más de Cristo, y la evangelización no debería consentir que alguien se conforme con poco, sino que pueda decir plenamente: «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (Ga 2,20) (EG 160)

Hace casi 20 años, comenzaba personalmente una reflexión en profundidad sobre las transformaciones que deberían conocer nuestros procesos de iniciación cristiana. En aquella época, las pistas de reflexión que proponía fueron acogidas con una “sonrisita”. Después de mi doctorado, me confiaron el mandato explícito de proponer medios de transformar las prácticas de iniciación cristiana para todas las edades. Es con una mezcla de orgullo y de humildad que compruebo hoy que intuiciones que llevo muy fuertes desde hace años están ahora en la fuente de un proyecto global no únicamente de transformación del catecumenado sino también, por su repercusión, de transformación en profundidad de la vida de nuestras comunidades.

Por supuesto, esas reflexiones, tanto las mías como las de nuestras diócesis quebequesas, precedieron a la aparición de *Evangelii Gaudium*. Sin embargo, esta aparición el año pasado constituyó un motor poderoso para estimular los avances que requiere nuestra situación de postcristianidad. El desafío que se nos presenta da un poco de vértigo. ¡Sin embargo, sostenida por la exhortación de nuestro sumo pontífice, la Iglesia de Quebec avanzará en ese camino, sabiéndose observada por otras diócesis quebequesas - ¡y ahora por algunas otras diócesis representadas aquí! Espero que estas reflexiones hayan resonado con alguna pertinencia allí dón-

**474** *Iniciar en modo catecumenal:*

de hay interrogación sobre el fruto de las prácticas catecumenales del lugar.

Es el momento de avanzar, convencidos de que llegamos a ser plenamente humanos cuando somos más que humanos, cuando permitimos a Dios conducirnos más allá de nosotros mismos para que llegemos a nuestro ser más verdadero. Allí se encuentra la fuente de la acción evangelizadora. Porque, si alguien acogió ese amor que le devuelve el sentido de la vida, ¿cómo puede detener el deseo de comunicarlo a los demás?